

tarse en su lecho fúnebre, pero que no se levantará mas. ¿Qué es en el día? Atado, encadenado y exánime, debe su último soplo de vida al gigante moscovita que lo despedazará cuando quiera. Entre tanto, conoce que su fin está próximo, pues según una tradición esparcida hace muchos siglos entre los mahometanos, llegará antes que se acabe la presente generación ¹.

De modo que los dos signos precursores de la consumación de los siglos, indicados por la tradición cristiana, la caída del imperio romano y el fin del reinado de Mahoma, cuya próxima aparición nadie podía prever en el siglo de san Vicente Ferrer, son en el día bien manifiestos; y el Enviado del cielo decía verdad cuando anunciaba la proximidad del juicio final, pues no debían tardar mucho después de sus formidables predicciones el trastorno general del mundo, el principio de su fin, y los signos precursores de uno y otro.

XX.

Salgamos, empero, del orden tradicional, ó si quereis, del dominio de las opiniones para entrar en el terreno de la certeza y de la fe. La Escritura nos revela dos nuevos signos, precursores infalibles y verdaderamente característicos de la gran catástrofe, y que forman parte de la misma doctrina de la Iglesia. Es el primero la predicación del Evangelio por toda la tierra: *Este Evangelio del reino, ha dicho el Creador de los hombres y de los siglos, será predicado á todo el mundo en testimonio de todas las naciones, y entonces vendrá la consumación* ². El segundo es la apostasía general,

«Saracenorum et Christianorum est vox et sententia, quam Mahumetan pro «indubitata et certissima habent... Ita Theophanes, Cedrenus, Baronius, Bellarminus, Gordonus, Bezovius, Spondanus, et alii in chronol. Quare cum «instante jam anno Christi 1630, explendus sit millesimus à Mahomete annus, «circa illam magnam imperii Turcici et sectae Mahumetanae inclinationem, «vel ruinam, aut ruinae exordium expectant. Quod ipsum ita revera fore, non «nulli viri sanctitatis et prophetiae fama celebres in Italia, Germania, Hispania, etc., praedixerunt.» El suceso no ha desmentido sus predicciones. (Véase *Cornel. Alapid. in Apoc. cap. xx*, pág. 1312).

¹ Esta asombrosa tradición puede tal vez dimanar de las antiguas profecías que la confirman. (Véase la *Historia univ. de la Iglesia*, tom. IV, *Explicación de las profecías de Daniel*).

² Praedicabitur hoc Evangelium regni in universo orbe in testimonium omnibus gentibus, et tunc veniet consummatio. (*Math. xxiv, 14*).

completa en muchas partes de la cristiandad por la dominación soberana del error, y llevada en otras hasta la extinción universal de la fe.

Volvamos á la historia.

Tercer signo: *La predicación del Evangelio por toda la tierra*. Aun no había terminado el siglo que viera pasar el Ángel del juicio, cuando todo se preparaba para el rápido cumplimiento de sus palabras. Un movimiento desconocido agita al mundo; parecia un anciano que presente su última hora. Vasco de Gama dobla el Cabo de Buena Esperanza, y abre una ancha senda hasta las remotas comarcas del inmenso Oriente: Cristóbal Colon hace salir como por milagro un nuevo continente del centro de los mares occidentales: vuelve á seguir su curso á paso de gigante el Evangelio después de haber permanecido mucho tiempo, por decirlo así estacionario en el seno de la Europa: los vientos llevan en sus alas legiones de apóstoles, que riegan con su sangre la cruz clavada con sus manos en la inmensa América, y tribus innumerables se prosternan al pié del árbol sagrado. Mientras penetra hasta el fondo del Occidente, la antorcha divina se adelanta con la rapidez del relámpago hasta los mas remotos confines del Oriente; y Francisco Javier evangeliza cincuenta reinos, bautiza con sus propias manos cien mil idólatras, y sobrevive, al morir, multiplicado en millares de apóstoles.

Jesucristo es adorado por pueblos enteros de fervientes neófitos en muy pocos años sobre los puntos mas opuestos del globo; y el Evangelio da un paso inmenso en su curso anunciado al través del mundo. Luego son ciertas las palabras del Ángel del juicio, y aumenta mas y mas esta certeza la perpétua rapidez del movimiento propagador. Renuévase con prodigioso ardor en el siglo XVI la predicación del Evangelio, y en vez de entibiarse, adquiere nueva actividad, y es tan inmenso su progreso, que no hay necesidad de prolijos discursos para demostrar que el Evangelio acaba de recorrer todo el mundo.

Remontaos á los siglos apostólicos, y seguid hasta nuestros días la historia del Asia ¹, de Europa, África y América, y decidme

¹ Monumentos auténticos prueban que el Evangelio fue predicado en la China en los primeros siglos, y que hubo en ella cristianos é iglesias: «Olim fuisse «(in China) christianos Christianique Ecclesias, certis testimoniis ostendit nos-

si existe en estas cuatro partes del mundo una sola nacion que tarde ó temprano no haya visto brillar el sol del Evangelio. Solo resta la quinta, la Oceania, que aunque recientemente descubierta está surcada ya por los mensajeros de la buena nueva. Fijad vuestras miradas en esos numerosos archipiélagos, y en todas partes veréis alguno de nuestros celestes pescadores, sacando del seno de los vastos mares, no ballenas ó perlas, sino almas teñidas con la sangre de Jesucristo. No ha sido infructuosa su pesca, pues pudiéramos hablar del maravilloso progreso del Evangelio en la Australia y en Sandwich, cuyos neófitos retratan el fervor de los primeros cristianos, y recordar la conversion total de las islas de Gambier, cuyos dioses han sido enviados á Roma prisioneros. Nunca, desde la predicacion de los Apóstoles, habia marchado tal vez con tan rápido paso el Evangelio.

¿Qué corazon cristiano no se estremece de regocijo al contemplar hace algunos años tantas maravillas llevadas á cabo como por encanto? ¿Qué alma meditadora puede ver sin religioso espanto acrecentarse con tanta rapidez los signos ciertos de la consumacion de los siglos?

Y si pudiera, no obstante, hallarse aun en las cinco partes del mundo algun rincón de tierra aislado, alguna isla perdida en las soledades del Océano, en donde no se hubiera oído la palabra evangélica, no puede permanecer mucho tiempo sin recibir su luz. De algunos años á esta parte parece que ha descendido á la Iglesia el espíritu del cenáculo; álzanse á porfía en todas las partes de la cristiandad legiones de misioneros que van en busca de nuevas riberas. ¡Se diria que el divino Pastor está mas precisado que nunca de reunir sus ovejas y de llevar á cabo su prediccion, pues se acerca la hora suprema!

¡Cosa notable é inaudita quizás en la historia de la Iglesia! El celo del apostolado se reanima en la tribu santa con un ardor enteramente nuevo, al día siguiente de una revolucion rápida como el relámpago y terrible como el rayo, que destrozando en tres días tres generaciones de reyes, sepultó bajo sangrientos escombros el antiguo trono de san Luis, considerado por un gran nú-

«ter Nicolaus Trigaultius, lib. de Fide in China propagata; idemque probat «inscriptio lapidis nuper in China inventa, quae plane testatur Evangelium in «ea predicatum à viris apostolicis.» (Cornel. Alapid. in Matth. xxiv, 14).

mero como el pedestal necesario de la Iglesia.—Las fechas son mas elocuentes que las palabras en esta cuestion. El Seminario de las Misiones extranjeras solo envió á las naciones infieles cuarenta y seis apóstoles desde 1815 á 1830, y setenta y seis desde 1830 á 1839; y la Orden de san Lázaro solo vió salir de su seno siete misioneros desde 1815 á 1830, siendo así que desde este año hasta 1835 vió salir mas de cuarenta. Y como si no fuera bastante tanto ardor, se despiertan los antiguos misioneros, ó se forman otros nuevos, rivalizando todos en celo; y aprovechándose de la inexplicable calma que goza el mundo hace treinta años, á pesar de tantas causas de guerra y de principios de rebelion, se apresuran á marcar con el signo del Cordero á los elegidos de Dios dispersos por los cuatro vientos. Pronto el mundo será insuficiente para la ambicion de estos conquistadores de almas. Buscad, si podeis, las tierras remotas ó terribles donde hayan temido publicar el Evangelio y verter su sangre, desde las heladas montañas de la América septentrional hasta las llanuras abrasadas que riega el Ganges, desde las islas de la Oceania hasta la Corea, y desde el Tibet hasta el Cabo de Buena Esperanza.

Existe otra circunstancia cuya aplicacion añade un rasgo maravilloso á este afán apostólico, y hace mas visibles los designios del Juez supremo. Cuando el Gobierno francés negaba en 1830 á las misiones su apoyo y las limosnas que les habian concedido siempre los reyes cristianísimos, y se trataba de cerrar el Seminario de Misiones extranjeras á consecuencia de esta medida; adquiera repentinamente y contra todas las previsiones humanas un inexplicable acrecentamiento una obra evidentemente providencial, desconocida en los fastos de la Iglesia, y cuyo origen habia sido débil y oscuro. La Propagacion de la Fe, que apenas contaba en 1830 algunos centenares de miles de francos, tiene en la actualidad los ingresos por millones. El Sol de la verdad se acerca rápidamente al término de su carrera merced á este milagroso acuerdo de los hombres y de la Providencia, y no tardará mucho en acabar de iluminar con sus divinos rayos todos los lugares que fecunda, al visitarlos el sol de la naturaleza. La llegada del Evangelio á los confines del mundo, signo divinamente profetizado del reinado anticristiano y la proximidad del fin de los siglos, es el

espectáculo consolador á la par que terrible que atrae en la actualidad todas las miradas ¹.

XXI.

Nos falta examinar el cuarto signo, no menos alarmante y significativo; *la apostasia general*. La predicacion del Evangelio por toda la tierra es la condicion preliminar de la ruina del mundo, y la apostasia la causa. Como todos los siglos y todas las naciones han sido formadas para Jesucristo, cuando deje de reconocérsele enteramente, el mundo habrá perdido el objeto de su existencia; y por esta razon, dice san Pablo, *no llegará el gran día, hasta que la apostasia haya llegado* ². Y llegará esta, añaden con voz unánime los Padres de la Iglesia y los intérpretes de la Escritura, cuando se hayan separado del imperio romano y de la Iglesia la mayor parte de las *naciones* ³, y cuando se haya entre ellas noto-

¹ Si existen aun algunas naciones desconocidas, extrañas al Cristianismo, y si la predicacion del Evangelio solo ha sido pasajera y no una profesion pública de la religion, no debe servir de duda para disminuir la certeza del hecho que indicamos. La aparicion del reinado anticristiano es muy diferente que el apogeo de su poder; y el primero de estos dos sucesos ha de preceder al segundo. ¿Cómo? no podemos decirlo con certeza. Puede suceder, y hasta parece cierto que muchos pueblos, trabajadores de la última hora, no se conviertan ó que el Evangelio no exista públicamente entre ellos hasta esta postrera época, como los judíos, por ejemplo, que deberán su conversion á la predicacion de Enoch y de Elías, antagonistas del Antecristo, y que no entrarán en la Iglesia sino despues de todas las naciones: «Caecitas ex parte contigit in Israël, donec plénitudo gentium intraret, et sic omnis Israël salvus fiet. (Rom. xi, 25, 26).

² Non moveamini... neque terreamini... quasi instet dies Domini... quoniam nisi venerit discessio primum, et revelatus fuerit homo peccati, filius perditionis, qui adversatur, et extollitur supra omne quod dicitur Deus. (II ad Thess. ii, 2, 3, 4).

³ Defectio et rebellio qua quis deficit á suo principe illique rebellat, scilicet illa insignis, plena et generalis, qua scilicet pleraeque et passim omnes gentes discedent et deficient tum á romano imperio, ut explicant Ambros., Primasius et Sedulius, etc.; tum consequenter á romano Pontifice et Ecclesia ut Anselm.: tum denique á fide et á Christo. (Cornel. Alapid. in II Thess. ii, 3).—Discessio scilicet populorum á suis principibus et praesertim á Romano imperio et á Pontifice romano. (Menoch. in *ibid.*).

riamente entibiado la fe, segun las palabras del mismo Jesucristo: ¿Creeis que el Hijo del hombre cuando vuelva encontrará aun fe sobre la tierra ¹? Esto no quiere decir que se habrá extinguido enteramente por todas partes, sino que el número de los que la conservarán viva y animada por la caridad de un polo á otro, será mas reducido que nunca en comparacion de la multitud de los perversos y de los infieles ².

Si vemos, pues, en el orden político enteramente destruido el santo imperio romano ³, rebelarse las naciones contra los reyes, no solo por efecto de la perversidad natural al hombre, sino porque niegan el origen divino del poder, proclamando como principio el dogma impío de la soberania popular, y las vemos en el orden religioso alzarse contra la autoridad de la Iglesia, admitiendo como principio la independenciã absoluta de la razon en materia de creencia religiosa; si vemos reinar generalmente estas teorías del orgullo, que se resuelven ante la monarquía con el derecho de la rebelion, y ante la Iglesia con el de la incredulidad, para confundirse en una rebelion completa contra Jesucristo; en una palabra, si el hombre, deificándose á sí propio, se coloca en lugar de Dios, ¿podrémos decir con toda seguridad que se aproxima el reinado anticristiano? Sí. ¿A qué otra cosa tiende el mundo hace tres siglos con una rapidez siempre en aumento? ¿Y no tuvo razon el Ángel del juicio al anunciar que estaba cercano el principio de su fin?

Abramos otra vez la historia.

Acaba de pasar el Taumaturgo: aun se estremecen los ecos de Europa al sonido de la trompeta fatal, cuando sale ya del infierno la fiera devoradora de la apostasia, haciendo estragos tan rápidos como los progresos del Evangelio. Ya hemos visto, segun los Padres y los intérpretes, que esta apostasia consiste en la se-

¹ Luc. xviii, 8.

² *Inveniet fidem perfectam?* puta, certa fiducia et charitate formatam. Porro id maxime fiet sub finem mundi, ante adventum Christi ad iudicium, cum edent et bibent homines, dabuntque se voluptatibus, non cogitantes de iudicio. Cum Christus apparuerit, inquit Beda, magna erit raritas electorum, imo tunc fides orthodoxa in multis deficiet. (Cornel. Alapid. in Luc. xviii, 8).

³ Es preciso no olvidar que el imperio romano, convertido desde Carlomagno en *santo imperio romano*, era en el espíritu cristiano el signo palpable del poder temporal de Nuestro Señor.